

RENACE LA ACCIÓN CATÓLICA



El 17 de diciembre de 1939, los obispos cubanos firmaron una carta en la que declararon “erigida canónicamente” la Acción Católica Cubana (ACC), aunque su fundación se concretó en los primeros años de la década siguiente. En 1967, veintiocho años después, otros obispos cubanos determinaron la disolución de la ACC. Semejante decisión había sido tomada también en otros países como consecuencia de las reformas del Concilio Vaticano II. Pero en nuestro caso influyó en buena medida el nuevo contexto social, que impuso límites y cambios radicales a toda la acción pastoral.

Habían quedado atrás los años de fuerte acción apostólica de connotaciones sociales, las campañas catequéticas y las de reivindicaciones cristianas, las denuncias de las injusticias y las derivaciones revolucionarias de algunos laicos –no todos apoyaban los métodos violentos– para lograr cambios sociales, las denuncias del giro marxista de la revolución de 1959, y la repetición de las acciones armadas de algunos de sus miembros –tal como habían hecho antes contra la dictadura de Batista.

En 1967 la ACC agonizaba, en realidad, por lo que la decisión episcopal, acertada o no, trataba de ajustarse al nuevo espacio social. En su lugar se creó el Apostolado Seglar Organizado (ASO), mucho menos autónomo y sin los recursos de su antecesor. Después todo quedaría integrado en la Comisión Episcopal de Laicos, pero la época dorada de los seglares cubanos, por razones muy específicas, no regresó.

Los que formaron parte de la ACC en cualquiera de sus cuatro ramas (Federación de la Juventud Católica, la Asociación de Caballeros Católicos, la Liga de Damas Católicas y la Liga de la Juventud Católica Femenina) recuerdan con mucho agrado su *pertenencia*, expresada en *ser y hacer*. Pero la voz cantante la daban las agrupaciones juveniles.

Un cubano que vive desde hace muchos años en Estados Unidos me obsequió hace poco los dos tomos de la obra *Con la estrella y la cruz, Historia de la Federación de las Juventudes de Acción Católica Cubana*, escrita por Teresa Fernández Sonería. Son páginas con carga nostálgica, pero hay motivos para ello: la Federación de Juventudes Católicas desplegó una acción apostólica de los laicos cubanos como no la ha habido otra vez en Cuba. El joven sacerdote habanero

y doctor en teología, Rolando Cabrera, en su tesis doctoral *Artífices de Reconciliación: El ser y la misión del laico en el magisterio y en la praxis de la Iglesia en Cuba (1969-2000)*, recuerda cómo la Santa Sede, a partir de una encuesta internacional sobre la situación del apostolado seglar en el mundo realizada en los 50s, estimó que la AC de Cuba tuvo una forma de acción “perfecta”. “Eso fue mucho decir” –me comentaba recientemente un buen conocedor de la historia eclesial del pasado y del presente–, pero al parecer, el apostolado de la AC en Cuba estaba al nivel del que existía en otros países de fuerte tradición católica.

Piedad, Estudio y Acción, ese era el lema de la Federación que fundó en 1928 el hermano Victorino de La Salle. Sin otro interés que la propagación activa de la fe en una sociedad desorientada e inestable, de grandes contrastes y agitaciones sociales, poco responsable y materialista, en la que –además– ser católico activo era visto como “propio de mujeres”, los jóvenes cubanos de ambos sexos lograron saltar la barrera del aislamiento eclesial y llegar lo mismo a los rincones de las montañas orientales, como a las universidades, las fábricas, los barrios marginales, las escuelas y las prisiones. La obra de Teresa Fernández cita un fragmento de *Mi vida*, la autobiografía de Enrique Canto Bory (con el tiempo Canto llegaría a ser hombre de confianza del Arzobispo Enrique Pérez Serantes y Tesorero nacional del Movimiento 26 de Julio), que expresa las motivaciones de aquellos jóvenes federados: “Sólo nos movía el ideal de llevar por nuestra tierra la fe en un Dios de amor y perdón... Éramos algo real y espiritual en una sociedad cada vez más materialista. Quizás tuviéramos nuestras faltas y miserias propias de todo humano,

pero no nos podían negar, los que nos miraban éstas más que nuestras virtudes, que nuestro trabajo sacrificado, nuestro ideal puesto en lo alto, y nuestro deseo de sembrar la semilla de la hermandad entre los jóvenes de Cuba eran generosos y sinceros... Vivíamos ajenos a la política. De espaldas a ella. Ni nos interesaba ni nos preocupaba. Sin embargo, hacíamos una honda labor patriótica... creando una hermandad que todos veían y admiraban”.

De acuerdo con las palabras de Canto, la ACC vivía de espaldas a la política, pero más bien de partidos o ideologías, no de espaldas a la *alta política*, esa que persigue el bien común, que no es resultado de la suma de bienes colectivos, sino de lograr los espacios y condiciones en que cada ciudadano ocupe un lugar siempre ascendente en la sociedad. De hecho esa era la intención objetiva de la ACC, la mejora de los seres humanos, desde una ética y un fundamento cristianos que impulsan al compromiso y no al alejamiento.

Por estos días la Acción Católica volvió a ser noticia internacionalmente. Del 2 al 5 de Septiembre pasados, la ciudad de Loreto, en Italia, acogió a los participantes del primer Foro Internacional de la Acción Católica. El evento fue organizado por la AC italiana, que se mantuvo activa incluso después de los vientos post conciliares. De hecho la AC se originó en Italia, donde se levantó su cimiento primero en 1867 con la Sociedad de la Juventud Católica Italiana, aunque su nombre y estatus actual –asociación de laicos con agregación y referencia en las parroquias– le fueron conferidos por el Papa Pío XI en 1922. La AC italiana, presente en 219 de las 226 diócesis del país, cuenta con 400 mil miembros inscritos y distribuidos en más de siete mil parroquias, de los que el 46 % son adultos, el 20 % jóvenes y el 34 % adolescentes.

El Foro de Loreto, en el que participaron representantes de 50 países, incluyó cinco congresos: política, economía, familia, y dos dedicados a la esencia misma de la AC, o sea, uno referido a los presidentes y asistentes parroquiales y otro sobre las actividades parroquiales.

Los participantes del Foro y los peregrinos que se sumaron, unas 250 mil personas en total, se congregaron en Loreto durante la misa de clausura presidida por Juan Pablo II, ocasión en que el Papa beatificó a un sacerdote y médico español y dos laicos italianos, todos miembros de la AC.

Todo parece indicar que cuatro décadas después del Concilio Vaticano II, periodo en el que si no faltaron las muestras más sublimes de apostolado y evangelización por parte de los laicos, tampoco escasearon las incertidumbres y experimentos desorientados, muchos en la Iglesia proponen el relanzamiento de la AC. El objetivo no debe ser otro que fomentar una identidad y vocación laical con la autonomía suficiente como para actuar en el mundo sin quebrar la pastoral de conjunto, teniendo como base de asentamiento y acción la parroquia primero, y la diócesis después. Pareciera que una AC actualizada puede ser el complemento necesario al conjunto eclesial que inicia el Tercer milenio, en el que abundan los movimientos laicales que han diversificado la acción pastoral,

pero que, en ocasiones, pueden ser disgregantes o inconexos, con intereses de origen que no siempre se corresponden con la realidad pastoral donde se desean implantar. Tampoco se trataría de neutralizar a los movimientos laicales, pues uno de los resultados del Foro de Loreto es la disponibilidad de colaboración de tales movimientos laicales con la AC.

La misión primera de la Iglesia, y de todos los que la integramos, es la evangelización, lo demás es secundario. Esto no significa que la economía, la política o las ciencias no sean importantes, pero al anteponer la misión evangelizadora a la acción política, económica o de las ciencias, una vez que lleguemos a actuar sobre estas últimas o desde ellas, sabremos que lo hacemos porque el bien último que perseguimos es la promoción humana desde nuestro compromiso cristiano con Cristo y con el mundo, de manera que las cosas de este mundo queden ordenadas a la misión primera y única, la evangelización.

De eso habló Juan Pablo II en la misa final, al desear “que las comunidades cristianas sean cada vez más vivas, abiertas, atractivas” de manera que los fieles laicos, a quienes “corresponde testimoniar la fe a través de las virtudes que son más específicas de su estado de vida”, como “la fidelidad y la ternura en familia, la competencia en el trabajo, la tenacidad a la hora de servir al bien común, la solidaridad en las relaciones sociales, la creatividad para emprender obras útiles para la evangelización y la promoción humanas”, comprendan que también les corresponde “mostrar –en cercana comunión con los pastores– que el Evangelio es actual, y que la fe no saca al creyente de la historia, sino que lo sumerge más profundamente en ella”.

Contemplación, comunión y misión, fueron las tres consignas indicadas por el Papa al Foro de la AC. Andar el camino de santidad, promover la unidad eclesial y anunciar el evangelio, son propuestas que mantienen relación con aquel lema que nutrió a la Federación de juventudes católicas fundada en Cuba por el hermano Victorino, y que alimentó también todo el trabajo de la AC en Cuba hasta su disolución: *piedad, estudio y acción*.

¿Es conveniente plantearse la reorganización la AC en Cuba hoy? Sus principios de apostolado desde y en la parroquia, con sólidos lazos diocesanos, no contradicen las mismas prioridades recogidas en el Plan Global Pastoral vigente: *comunidades vivas y dinámicas, formación y promoción humana*. Tal vez ahí se encuentre la respuesta a una organicidad y armonía pastorales que aún buscamos, porque se actúa en y desde la base.

Claro que no debería asumirse como el regreso a un “pasado glorioso”, pues cada grupo humano y cada época deben aportar sus propios talentos pastorales. Una mirada rápida a los dos mil años de historia eclesial sugiere que los frutos de la evangelización han sido engendrados por un fuerte compromiso apostólico y una manifiesta coherencia entre fe y vida que demandan ante todo el compromiso personal, algo que, en nuestros tiempos y desde nuestros tiempos, la AC puede promover y potenciar. Ω